

Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Departamento de Historia

Título **Hechos y datos históricos^A**
Autor **Germán Colmenares**

La filosofía de la historia acuñada en el mundo anglosajón constituye, por lo general, una reflexión sobre las condiciones del conocimiento histórico, sobre los procedimientos lógicos de quienes escriben obras de historia o sobre las categorías que emplean en esta tarea. Este tratamiento filosófico particular rehúsa enfrentar él mismo la historia, es decir, los acontecimientos, para ocuparse más bien de lo que hacen los historiadores. Por esta razón comienza por distinguir entre historia como eventos e historia como narración.

La distinción no tendría muchas consecuencias para un historiador si no apuntara también a esclarecer un punto central de su propia práctica profesional. En efecto, el historiador no suele tratar con hechos históricos de manera directa, sino que su oficio consiste más bien en manejar los registros de esos hechos. Por esto sería conveniente

A Este texto tuvo una circulación especial, y creemos que solamente esa: fue un material de lectura para los estudiantes de pregrado del Departamento de Historia de la Universidad del Valle —lo recuerda la marca “H. 449”, que aparece en la primera página en el extremo superior derecho, y que distinguía a las lecturas universitarias editadas en mimeógrafo en aquella época—; el texto fue utilizado también por algunos profesores del programa de Sociología y del Departamento de Pedagogía y Cultura de esa Universidad, quienes lo emplearon en clases de “análisis documental” de sus respectivas especialidades. En el origen del texto se encuentra un larguísimo “borrador” escrito por Germán Colmenares —un poco más de treinta páginas tamaño carta escritas en máquina—, “borrador” a partir del cual redactó luego tres o cuatro artículos diferentes, entre ellos el corto texto que en otra parte de este *dossier* reproducimos, sobre “La formación de los historiadores”. Pero en su conjunto, el amplio texto de base a partir del cual redactó Colmenares varios textos, se ocupaba de un problema práctico particular: la propuesta de un plan de estudios para la formación de los historiadores de pregrado, propuesta que se caracterizaba por su carácter “integral”, como se dirá años después, y que tenía un fuerte acento en la formación en ciencias sociales, sin descuidar los elementos (técnicos, eruditos, de oficio) que especifican la formación de un historiador. Del texto general conocemos tres copias, todas incompletas y con fuertes correcciones del autor, en letra que no facilita la tarea de integrar tales correcciones a sus textos. En el caso preciso de este, una “lectura universitaria complementaria”, las correcciones, a veces indescifrables, son amplias y aparecen en casi todas las páginas, por lo que hemos tomado la decisión de no incluir ninguna — con una excepción—, lo que creemos que no afecta el sentido general de las observaciones del autor, aunque deja por fuera algunas precisiones que parecen ofrecerse en las correcciones manuscritas. Por lo demás, es bajo la forma no corregida y mimeografiada como el texto circuló. Ignoramos la fecha exacta de redacción de este texto, pero sobre una de las copias que hemos tenido a la vista, Hernán Lozano escribió: “Hechos y datos: incompleto. Agosto de 1982”, aunque aceptamos esa fecha con cierta vacilación. La copia en máquina eléctrica que utilizamos aquí, que luego fue llevada al mimeógrafo, y que enseguida circuló como lectura universitaria, fue hecha sin duda en la secretaría del Departamento de Historia en la Universidad del Valle.

establecer una distinción entre *hechos* históricos y *datos* históricos, entendiendo que los segundos son, como registro o como testimonio, la posibilidad de acceso por parte del historiador a los primeros.

Los datos como tales están contenidos en *fuentes* históricas. Debe subrayarse que son apenas una *posibilidad* de acceso a los hechos. Se trata de una mera posibilidad por cuanto el dato no recubre enteramente al hecho. Es fácil concebir que toda la gama de las actividades humanas no ha podido ser registrada en detalle y que cuando lo ha sido este registro es muy deficiente, ha operado de una manera selectiva, tomando aspectos esenciales o —en muchas ocasiones inesenciales— de aquello que nos interesa o podría interesarnos como historiadores.

Así, el problema central para el oficio del historiador reside en su servidumbre con respecto a unas fuentes. Gran parte del progreso que comprobamos en esta disciplina ha consistido en la ampliación casi indefinida de las fuentes a las que el historiador puede echar mano. Pero la multiplicación de las fuentes no hace sino acrecentar el problema de la servidumbre. Un notable historiador francés contemporáneo describe dramáticamente su propia experiencia investigativa:

En adelante yo estaba inmerso en llana y pura historia campesina, muy lejos de esos “orígenes del capitalismo” que habían constituido mi primera preocupación. Esta era la desventura clásica; había querido apoderarme de un documento para descifrar en él las certidumbres de mi juventud; y era el documento el que se había apoderado de mí y me había transmitido sus ritmos, su cronología, su verdad particular. Los presupuestos iniciales habían sido estimulantes; ahora estaban sobrepasados¹.

Narrada así, esta experiencia deja la impresión de que el proceso de elaboración de una gran obra erudita del siglo XX ha sido tan azaroso como el descubrimiento de América. En el estado de los estudios campesinos en los años sesenta el historiador no poseía un mapa y ni siquiera una brújula que lo orientara entre un piélago de documentos. Su inmersión en ellos constituía una aventura que podía conducirlo a una isla encantada o a los abismos de la última Thule.

Mucho más tarde, este mismo historiador ha descrito los avances de la disciplina histórica como sucesivos actos de conquista de territorios inexplorados. Desde esta peculiar perspectiva, los avances en los conocimientos históricos estarían tocados siempre de la sorpresa de un hallazgo documental más o menos homogéneo, en el cual podemos introducir alguna coherencia. Efectivamente, una buena parte de los logros de la escuela francesa ha consistido no tanto en el tratamiento exhaustivo de un tema como en el descubrimiento de un tema en un repositorio documental inexplorado hasta entonces.

1 Emmanuel Le Roy Ladurie, *Paysans de Languedoc* (París: Science Flammarion, 1969), 6. [La traducción es sin duda de Germán Colmenares, como lo son todas las que aparecen en este texto, aunque en algún caso hemos hecho algún ajuste mínimo, para beneficiar la claridad y la permanencia del sentido].

Como lo indica la experiencia de Le Roy Ladurie, una fuente especialmente rica (en su caso, los llamados *compoix* o catastros medievales) somete de hecho a su servidumbre al historiador. ¿Cómo liberarse de esa servidumbre? En otras palabras, ¿cómo plantear, independientemente de las fuentes, un problema o una serie de problemas a través de los cuales sea posible ordenar hechos históricos de los cuales dan testimonio las fuentes? Este problema es crucial por cuanto señala el lugar que debe ocupar la teoría dentro de los estudios históricos. Lo contrario sería pretender que la historia no deja lugar para la teoría [y asumir] que los temas mismos de la investigación histórica dependen del azar del descubrimiento de unas fuentes —más o menos sistemáticas— que “revelen” un problema hasta ahora inexistente o, en palabras de Le Roy Ladurie, un nuevo territorio inexplorado.

En gran parte, y de una manera paradójica, la liberación del historiador de la servidumbre a la que lo someten sus fuentes depende de su conocimiento de estas fuentes. Un primer paso con respecto a territorios inexplorados consiste en levantar un mapa de lo que hasta ahora nos era desconocido. Esta precaución permitirá a los futuros pobladores enfrentarse a un terreno que no es del todo desconocido, sino en el que, de antemano, saben que no les deparará sorpresas. A diferencia de los exploradores, los pobladores sabrán exactamente dónde están ubicados los remansos de agua, dónde los valles hospitalarios y dónde los terrenos abruptos. Inclusive podrán permitirse explorar otras sendas con menores riesgos. Su familiaridad podrá acrecentarse con el tiempo hasta tal punto que podrán corregir impresiones erróneas de sus predecesores, y ya no tendrán que moverse en medio de temores y de fantasías anticipadas a la realidad, sino que podrán enfrentar la realidad misma con una previsión teórica razonable.

Naturalmente un mapa exhaustivo de las fuentes posibles para el uso de los historiadores es muy improbable. Aún en el caso de que estas fuentes no sean algo recóndito y su existencia sea más bien obvia en los anaqueles y en los catálogos de un archivo, su existencia como fuentes históricas no depende simplemente de que nos internemos en ellas con una decidida voluntad de realizar algún hallazgo. La humildad del historiador no puede llegar al punto de dejarse moldear por su propia fuente en espera de alguna revelación. En un caso extremo, puede tratarse de una fuente muy utilizada por historiadores anteriores, en la cual no se hayan discernido los problemas centrales que sería posible resolver con ella. La razón es muy simple: estos problemas deben existir independientemente de la fuente. Ser concebidos con anterioridad a ella. En otras palabras, son los problemas los que llaman a la vida a las fuentes, aunque pueda ocurrir también que el tratamiento sistemático de una fuente homogénea imprima un giro inesperado a la investigación. Pero aún en este último caso, se requiere una evaluación de la utilidad potencial de la fuente, lo que sólo puede lograrse enfrentándola a un conjunto de problemas teóricos.

No hay hallazgos espontáneos en las fuentes. A lo sumo puede ocurrir que la reflexión teórica orientadora dentro de un material voluminoso sea casi coetánea con

el examen de este material. De otra manera no se explicaría que los historiadores no se contenten con reproducir casi en bruto este material, sino que procedan siempre a desechar una parte. Aun en el caso de la narrativa más elemental, en la que el historiador se contenta con reducir a forma de relato un conjunto de actas que registran la vida de una corporación (por ejemplo, las actas capitulares de una ciudad colonial), la adopción de cisuras en capítulos y el ordenamiento del material para producir una ilusión de continuidad cronológica revelan una idea de la historia, una voluntad de construir que se superpone a los documentos.

La reflexión teórica está referida a los hechos históricos. En el fondo, y prescindiendo de los datos contenidos en las fuentes, a la manera como en un determinado tipo de sociedad, en una etapa de su desarrollo, se encadenan fenómenos peculiares. La caracterización de un período histórico ha querido siempre determinar un concepto o una serie de conceptos en torno a los cuales pueda acumularse, en una forma orgánica y dotada de sentido, un material empírico de datos. Se busca que los datos queden iluminados por algo exterior a ellos mismos, el concepto que los ordena y los jerarquiza.

La filosofía de la historia presupone un fondo común que subyace detrás de toda evolución histórica. Todos los fenómenos históricos quedan así encadenados como manifestaciones visibles de un espíritu invisible que los anima. Hoy, ningún historiador está inspirado por una concepción grandiosa de este tipo que busca desentrañar el sentido último de la historia. Su reflexión teórica no va más allá de buscar, a través de elaboraciones conceptuales, la coherencia de series más o menos homogéneas de datos.

Michel Foucault² cree haber descubierto el carácter general de una *nueva historia* en la relación del historiador con los documentos. Para una manera anterior de concebir la historia, el historiador llenaba espacios cronológicos con un relato reconstruido a partir de documentos. En general documentos fácilmente reducibles a una forma narrativa. Hoy, el historiador se ocuparía más bien de los documentos mismos. Su oficio no consistiría entonces en llenar estos espacios vacíos que supone una sucesión cronológica, sino en organizar una documentación. La fascinante manera de escribir la historia el propio Foucault cobra un relieve todavía más notable cuando la enfrentamos a esta caricatura. Según él, el historiador no agregaría nada (¿por ausencia de imaginación?) a sus documentos, a no ser una cierta manipulación elemental en su presentación. Los problemas mismos dentro de los cuales cree vivir el historiador se derivan de sus fuentes. Esta crítica implícita a un empirismo lleno de expectativas sobre los documentos mismos de un Le Roy Ladurie, o de un candidato a una tesis monumental de Estado francesa, proviene de un teórico para quien los datos históricos solo poseen una función ilustrativa de su propia construcción.

El oficio del historiador está íntimamente ligado a sus fuentes. La autonomía teórica de sus construcciones dependerá del dominio de esas fuentes de las cuales

2 Michael Foucault, *L'archéologie du Savoir* (Paris: Gallimard, 1969), 13-14.

deberá liberarse, sometiéndolas. Sólo yendo más allá de las fuentes, de los *datos* que recubren sólo parcialmente las realidades históricas, su reflexión podrá encarar los hechos en toda su complejidad. No puede renunciar a las fuentes porque ellas son las que separan su tarea de la especulación filosófica. No otra cosa constituye el intento de acceder a los hechos sin la intermediación de los datos. Pero en cambio sí puede intentar entrever una realidad más rica que la que le proporcionan los datos que utiliza. En tanto que el trabajo monográfico y especializado se ciñe más o menos rigurosamente a una tesis que los documentos pueden demostrar, la tarea de una síntesis histórica todavía posee una apariencia análoga a la que tenía en la vieja historia narrativa. Pero ahora no se trata de llenar vacíos cronológicos con una delgada capa de hechos que tienen una apariencia causal que le presta la sucesión cronológica. Se trata más bien de superponer capas de la actividad humana hasta obtener la máxima profundidad posible en la reconstrucción de un período.

El papel de la teoría en la construcción histórica

Aquí nos encontramos con el papel que debe jugar la teoría. Si prescindimos de una filosofía de la historia de raíz hegeliana, la cual supone que detrás de toda manifestación histórico-empírica subyace un designio o una entidad metafísica que unifica en un designio común todas esas manifestaciones, nos veremos siempre forzados a preguntarnos por un principio de organización de la síntesis que emprendemos. La desconfianza de los historiadores hacia las viejas filosofías de la historia es tal que la mayoría admite con reservas la existencia de un tal principio en sus propias construcciones. Para muchos se trata de algo meramente intuitivo o de mera estética en la presentación. Al hablar de su propia obra monumental sobre el período isabelino, el historiador inglés A.L. Rowse nos dice:

...de hecho, cada tema es contemplado simultáneamente surgiendo de su entraña social y en sus relaciones mutuas. Solamente así podría ser el libro un todo orgánico, lo cual es lo que un libro debería ser. Y esto sin siquiera tener en cuenta su integración artística, aunque debería ser obvio a los lectores atentos que mis valores supremos son estéticos³.

La renuencia a aceptar la existencia de un principio de correspondencia que jerarquice de una manera absoluta la diversidad de las manifestaciones humanas no excluye formas muy complejas de organización expositiva. De una manera típica, cada gran síntesis histórica parece resolver este problema de una manera única. Tomemos, por ejemplo, la ambiciosa síntesis de Theodore Zeldin:

3 A.L. Rowse, *The Elizabethan Renaissance: The Cultural Achievement* (Londres: Cardinal, 1974), 9.

El estudio histórico es una experiencia personal y los elementos subjetivos en él merecen ser valorados ahora cuando tantas otras ramas del conocimiento se están volviendo en tal medida técnicas. Admitir que los historiadores resuelven sus problemas de luz y de color, que crean sus composiciones por razones que son en últimas subjetivas porque estas les parecen ser coherentes y verdaderas, no es admitir una falla, sino admitir que cada historiador individual puede expresarse en su trabajo⁴.

La pretensión subjetiva no constituye la mejor defensa para una disciplina. Ni siquiera cuando se quiere subrayar la necesidad de un cierto aliento literario en las obras históricas. Pero no hay duda de que Zeldin ha escrito una obra maestra. Sólo que su propia reflexión teórica constituye un típico *understatement* anglosajón. Sólo en la segunda parte del tomo segundo de su obra encontramos algo así como un pronunciamiento teórico y metodológico:

La popularidad de la biografía proviene en gran parte de su afirmación implícita de que los individuos poseen una singularidad que trasciende todas las categorizaciones que puedan hacerse al respecto y del estímulo a la creencia de que los individuos pueden tener algún impacto en el curso de los acontecimientos. Los historiadores se han ido alejando cada vez más de esta posición y han preferido escribir sobre causas, influencias, fuerzas y crisis. No cabe duda de que, si se contemplan desde una distancia suficiente, todos los individuos son susceptibles de encajar dentro de patrones generales. Pero esto deja al lector con dos series de hechos que se han dejado sin conectarse y sin conciliarse. La historia del individuo frente a las fuerzas que lo rodean no se ha tratado sino en un nivel de generalidad. Sin embargo, después de que todas las influencias deterministas han entrado en operación, podemos decir con la misma certeza que los individuos se comportan excéntricamente, hacen elecciones al azar, sufren accidentes. De un lado hay el mundo de las moléculas, en donde las combinaciones de los átomos siguen patrones de regularidad, y de otro está el mundo de los electrones, en donde en apariencia reina el caos. La historia no podrá producir nunca la biografía de cada individuo singular que permitiera por sí sola generalizaciones irrefutables. Lo que sí puede tratar de hacer, empero, es estudiar más cuidadosamente las relaciones entre los patrones y el caos, entre lo universal y lo particular⁵.

¿Es esto un retorno a la vieja pretensión de los historiadores que, en oposición a los sociólogos, se negaban a admitir la entidad histórica de instituciones colectivas, las cuales debían desagregarse en los individuos que las componían para ser objeto propio de la historia? La impronta de los individuos en la historia parece un viejo problema. Pero aquí adquiere una dimensión nueva. Una dimensión que no constituye

4 Theodore Zeldin, *France 1848-1945*, t. I, (Oxford: Oxford at the Clarendon Press, 1973), 7.

5 Theodore Zeldin, *France 1848-1945*, t. II, (Oxford: Oxford at the Clarendon Press, 1977), 350. (El subrayado es mío).

un pronunciamiento teórico más o menos polémico, sino un tratamiento sistemático a través de cerca de dos mil páginas de esa, en apariencia, pequeña porción dominada por la excentricidad, la elección azarosa y los accidentes. No se trata tampoco de una discusión sobre el destino humano, sino más bien del individuo visto en un nivel de generalidad dentro de un oficio, dentro de una región o dentro de un impulso anímico colectivo que, en últimas, define lo que es ser francés como un producto histórico. En este producto intervienen, a no dudarlo, fuerzas colectivas, pero también hay improntas individuales que han impreso una singularidad característica a procesos políticos, a una literatura o a un periodismo, a sistemas de enseñanza, a las instituciones familiares, a la moda y a la cocina.

El territorio de la práctica en el cual se mueve Theodore Zeldin es similar al de la reflexión teórica del gran sociólogo alemán Norbert Elias. El punto central de los debates metodológicos de Norbert Elias consiste en la comprobación de que existe un desarrollo paralelo y simultáneo de las estructuras sociales y de las estructuras de la personalidad. Discute la noción de Talcott Parsons de que existen dos entidades independientes una de otra, el individuo y la sociedad, las cuales se “interpenetran” como entidades separadas que son. Las limitaciones o los controles de la afectividad, en lo que Elias ve como un proceso civilizador [de] la estructura de los sentimientos, o aún los esquemas mentales profundos que cambian históricamente, no pueden disociarse de una evolución social global y encararse como meras transformaciones de la subjetividad. Un cambio de las estructuras de la personalidad en el largo plazo tiene que relacionarse forzosamente con cambios de la estructura social concebida como un todo. Aquí no hay interpenetración de dos entidades separadas, sino interrelación de aspectos diferentes, aunque inseparables, de los mismos seres humanos⁶. Además, esta relación entre estructuras individuales y sociales “sólo puede ser clarificada si ambas se investigan como entidades cambiantes y evolutivas”.

La percepción teórica de este sociólogo no está muy lejos de la elaboración propiamente histórica, como puede advertirse en una obra temprana de Elias en la que ya se perfilaban conclusiones teóricas muy posteriores. En *La sociedad cortesana*⁷ Elias se proponía desentrañar el misterio de individuos que, “como seres aislados, parecen a primera vista raros e ininteligibles”, y al mismo tiempo comprender el entramado de configuraciones “que, al principio, aparecen como totalmente extrañas”. Para él, “la comprensión de la individualidad del hombre concreto se hace más aguda y profunda cuando se le percibe como individuo en las configuraciones que forma con otros”: De esta manera sociedad e individuo son aspectos inseparables de una misma realidad y esto sólo puede captarse en el proceso de su evolución simultánea.

6 Norbert Elias, *The Civilizing Process. The development of Manners* (New York: 1978), 228-229.

7 Norbert Elias, *La sociedad cortesana* (México: Fondo de Cultura Económica, 1982), 281.

La historia social vuelve a encontrarse así con un viejo problema, el del individuo y la sociedad. Un artículo relativamente reciente y provocador de Lawrence Stone veía en este reencuentro la necesidad de un retorno a la “narrativa” o a un nuevo tipo de síntesis que escapara “a la aridez del trabajo monográfico”⁸. En el fondo, creo, no se trata tanto de si la historia recupera un hilo conductor, acercándose a una experiencia humana más concreta o más individualizada, que la que se desprende de la descripción de fuerzas impersonales cuyo tratamiento requiere modelos sofisticados para elaborar una masa imponente de fuentes. Se requiere, más bien, distanciarse un poco de la coerción que imponen esas fuentes que parecen invitar de manera irresistible a imponerles un modelo sinterizado para que “hablen”. En el episodio de la epifanía de la llamada “New Economic History” norteamericana hubo mucho de la euforia juvenil ante un aparato complicado que, ante nuestro asombro, es capaz de hacer las cosas más inesperadas. Las exigencias teóricas de la historia económica no son otras que las del conocimiento de la teoría económica. Pero la teoría económica está lejos de ser una teoría histórica, es decir, de ser una teoría que abarque toda la gama compleja de la actividad humana. Ella define de una manera arbitraria y simplificada los comportamientos humanos. De esta manera, accedemos de una forma aproximada al conocimiento de aquellas grandes fuerzas matrices de la historia, pero no al reducto en el que, en un “nivel de generalidad”, operan los individuos.

La respuesta a estos problemas por parte de un historiador como Zeldin es característica. Él busca su hilo conductor en las pasiones, asignando una pasión dominante a cada actividad humana. Aquí no se trata de un método, pues nadie podría decir con certeza qué pasión corresponde exactamente a la política, a la literatura o a la cocina. Es apenas un recurso literario que recurre arbitrariamente a un símbolo, para recordarnos que las motivaciones humanas esconden siempre motivos complejos.

3. Morfología de las fuentes históricas**

Volvamos a las fuentes históricas. En un corto pasaje que hace parte de su extensa polémica con Louis Althusser, Edward Thompson⁹ se pregunta cómo pueden ser interrogadas las fuentes (que él denomina datos históricos en forma primaria). Los problemas que podrían plantearse a partir de un tipo de fuentes dependen de la naturaleza de los datos contenidos en ellas. Estos datos pueden presentarse, según Thompson, de seis maneras distintas. Seguiremos su morfología de las fuentes, aunque puede

8 Lawrence Stone, “El renacer de la narrativa: reflexiones sobre una nueva vieja historia [1979]”. Traducción en *Eco. Revista de la Cultura de Occidente*, n.º 239, septiembre de 1981, 448 ss.

** El título de este párrafo, justificado por su contenido, ha sido agregado a esta copia por el propio autor, pero figuraba en máquina en una versión anterior, razón por la cual lo hemos incorporado

9 Edward Thompson, *Miseria de la teoría* (Barcelona: Crítica, 1981), 52-54.

prescindirse de la primera destinada a plantear la vieja cuestión de la crítica externa e interna de las fuentes.

1. Los datos contenidos en las fuentes pueden servir de “eslabones de una serie lineal de acontecimientos”.

Aunque Thompson defiende la elaboración, a partir de estos datos, de una historia narrativa como una especie de espina dorsal de la disciplina histórica como un antecedente necesario a una construcción analítica más refinada, esto apenas constituye el reconocimiento a la labor de los historiadores del siglo XIX. Es evidente, para tomar un ejemplo de la misma historiografía inglesa, que *El siglo de la revolución* de Christopher Hill¹⁰ parte, en cada una de las cuatro partes del libro (que corresponden a su vez a una periodización), de una narrativa de los acontecimientos, y sobre esta superpone análisis sucesivos de la economía, de la política y la constitución, de la religión y las ideas, para formular finalmente conclusiones. El resultado es impresionante. Pero uno podría sospechar que la pertinencia del relato de los acontecimientos políticos, reducido a un mínimo de tres o cuatro páginas en cada parte, depende en gran medida de la eficacia de la parte analítica. La línea del relato está reducida a lo esencial y su desnudez casi telegráfica nos está advirtiendo continuamente que la avalancha de acontecimientos de ese período de perturbaciones carece de significado en sí misma. Veamos un ejemplo escogido al azar:

El gobierno de Carlos estaba lejos de estar unido. Laud y Wentworth cooperaron en la elaboración de lo que ellos llamaron una política de lo “esmerado”. Se les oponía un grupo de cortesanos agrupados en torno al Lord tesorero Weston, un católico que murió en 1635, y más tarde se les opusieron Lord Cottington y Henrietta Maria. La reina reemplazó a Buckingham como el genio malévolo de Carlos. Bajo su protección el catolicismo se puso de moda en la corte... etc¹¹.

Al neutralizar de este modo el relato político se está mostrando que sólo despojándolo de sus pretensiones de explicación puede cumplir todavía una función de ayudar a la memoria o de proporcionar un marco cronológico provisional para el análisis. De todas maneras una visión analítica tan lúcida sobre un período, como puede serlo la de Christopher Hill sobre los problemas de la revolución inglesa, tenderá a darnos siempre un relato de lo esencial, lo cual estará condicionado en gran medida por su análisis profundo de los otros cortes de la realidad. En Hispanoamérica esta tarea de reducción está por hacerse. El relato lineal de los acontecimientos debe controlarse mediante una visión analítica que no dependa del relato lineal mismo.

10 Christopher Hill, *The Century of Revolution. 1603-1714* (Londres: 1974).

11 *Ibid.*, 22.

2. Los datos pueden también constituir “eslabones de una serie lateral de relaciones sociales/ideológicas/económicas/políticas”.

Frente a una visión lineal y cronológica de la historia, las fuentes de las cuales pueden inferirse relaciones de tipo diverso tienen que parecer como meramente “laterales”. Conservaremos el apelativo de Thompson sólo en gracia a establecer una distinción necesaria entre *eslabones lineales* y un tipo de datos que la historia narrativa podía desdeñar, pero que hoy están colocados en el centro de toda reflexión histórica. La importancia creciente de estos testimonios se debe a la intrusión de muchos conceptos sacados del resto de las ciencias sociales en la elaboración historiográfica.

Son estos “eslabones de una serie lateral” los que han creado ramas enteras del quehacer historiográfico: historia institucional, etnohistoria, historia social. Si la historia cronológica lineal podía reconstruir un encadenamiento plausible de hechos políticos a través de documentos administrativos o de crónicas, el tratamiento analítico de la parte más cuantiosa de los documentos contenidos en archivos ha requerido el desarrollo entero de las ciencias sociales. Cada una de estas ciencias sociales puede formular interrogantes que sólo podían surgir de manera casual dentro del hilvanamiento de la historia tradicional. Dentro de este relato tradicional podía afirmarse, por ejemplo, que hacia 1810 los criollos americanos se rebelaron contra el poder colonial español. Los relatos sobre la época colonial no parecían dejar dudas sobre quiénes eran estos criollos y qué era el poder colonial español. Desde el punto de vista de una historia social de la independencia la cuestión no parece tan simple. Evidentemente, la mayoría de los cabecillas de estos movimientos fueron criollos. Pero su mera significación numérica dentro de la misma sociedad criolla no fue muy importante. Queda así por resolver el problema de qué querían los criollos hacia 1810. Pero los criollos mismos eran una minoría en una sociedad en donde el elemento dominante era indígena, mestizo y africano. El éxito político final de una minoría dentro de los criollos no nos dice absolutamente nada sobre los conflictos internos de esta sociedad.

En la historia hispanoamericana la primera utilización de una serie lateral desarrolló una historia institucional. Fenómenos como la encomienda, la mita, los sistemas político-administrativos o los sistemas de jerarquías sociales, la función política de la Iglesia, tal como aparecían estos asuntos definidos en textos legales, y de acuerdo también con el papel que se les asignaba en la ley, fueron explorados entre 1930 y 1950.

Más tarde, otros territorios, como los llama Le Roy Ladurie, se han abierto a los historiadores en su contacto con la antropología. Masas enteras de material inexplorado contenían elementos etnográficos que sólo podían cobrar sentido a la luz de conceptos antropológicos. Ahora podía medirse con alguna certeza la naturaleza del impacto de la conquista sobre las culturas autóctonas americanas. Algo parecido debía ocurrir con otras instituciones: los elementos de poder salían también de su contexto

legal para ser examinados a la luz de una sociología del poder. La mención abreviada de la esclavitud podía también dar lugar a amplios estudios sobre su naturaleza económica, sobre el tipo de sociedad que sustentaba o sobre aspectos complejos de las sociedades envueltas en ella¹².

3. Desde otro punto de vista las fuentes no convencionales pueden verse como “datos empíricos no portadores de valor”.

Estos datos pueden manejarse o construirse como series, sea porque se presentan en la fuente misma de esta manera, sea porque su reiteración en un cuerpo documental (un archivo notarial, por ejemplo) permiten reconstruir la serie. La absoluta continuidad cronológica y, a veces, el espesor de las series, además de su apariencia de neutralidad, puede inducir a verlas como un sustituto ideal de los datos lineales con los que se rellenan espacios cronológicos. O hacer depender toda explicación de la evolución de una serie. Esto ocurriría, por ejemplo, en el caso de que desdeñáramos estudiar en detalle los conflictos de una clase obrera, o su organización, o sus valores culturales, para atenernos únicamente a las fluctuaciones de un índice de salarios. Este era el valor que les otorgaba el historiador francés Pierre Chaunu, para quien la *historia seriada* (Histoire sérielle) era el objeto de un culto apasionado y ocasión de párrafos lírico-proféticos.

Historia cuantitativa, historia seriada o nueva historia económica norteamericana, en la cual el uso riguroso de la teoría y de los modelos económicos se contrapusieron alguna vez con arrogancia agresiva a los valores más sosegados de una experiencia humanística, todas ellas ejemplifican el uso de estos datos en apariencia “inertes y neutrales”. Que estuvieran lejos de serlo lo ha probado con saciedad las reacciones apasionadas que despertó un libro clásico escrito a la manera de la New Economic History. *Time on the Cross*¹³ de Robert William Fogel y Stanley L. Engerman, podía apoyar sus argumentos en un suplemento metodológico de más de 250 páginas, en que se exponían minuciosamente los procedimientos matemáticos, las fórmulas y las matrices en las que se acumulaban multitud de variables destinadas a definir rigurosamente índices o a edificar modelos distanciados de toda pasión y de toda ideología. Bastaba con que el tema (la esclavitud negra en el sur de los Estados Unidos) estuviera ya inmerso en uno de los debates más enconados y en una actualidad que parecía exigir un compromiso inequívoco, para que el libro despertara una verdadera tempestad de controversias. En realidad, gran parte de estas controversias tenía que ver más con el desafío implícito a un humanismo bien establecido en el mundo académico. La

12 James Lockhart, “La historia social de Hispanoamérica”, *Eco. Revista de la cultura de Occidente*, n.º 241, noviembre de 1981, 1-60.

13 Robert William Fogel y Stanley L. Engerman, *The Economics of American Negro Slavery* (Boston-Toronto: 1974).

alusión, por ejemplo, de parte de los autores a una famosa conferencia de C.P. Snow¹⁴, en la que este había llamado la atención sobre la brecha que se abría entre la ciencia y el humanismo, no era de lo más afortunado. Pese a todo esto, y a las actas de defunción que han expedido los interesados en una de las riberas de la controversia, el libro de Fogel y Engerman seguirá produciendo una cierta fascinación incluso en los no iniciados. Esta fascinación proviene de su elegancia y de su claridad al exponer los resultados, así como de la nítida conciencia de los autores acerca de estar desafiando un establecimiento académico y de no subestimarlos, ni siquiera con un uso refinado de la ironía.

En Hispanoamérica, el uso de las series ha acompañado los desarrollos de la historia económica durante los últimos 25 años. Los trabajos más conocidos que emplean este tipo de material se han basado en los fondos de Contaduría del Archivo General de Indias (Sevilla) o su contrapartida más detallada en los libros de las Cajas reales o de las casas de moneda de archivos locales. Con estas series se ha trabajado sobre fluctuaciones de producción de metales preciosos en la época colonial y se han emprendido trabajos globales sobre las finanzas del Imperio español. Los archivos notariales permiten también reconstituir series de diverso tipo: sobre propiedad inmueble, sobre formas de crédito (censos y capellanías) o sobre comercio de esclavos. Archivos de conventos y casas religiosas están en la base de una historia de los precios, de formas de acumulación de riqueza o del papel de las instituciones eclesiásticas en la economía. Para la época republicana el interés se ha centrado en series sobre comercio exterior o el examen de las finanzas nacionales. La demografía histórica posee también un rico material seriado en las llamadas *visitas* coloniales.

4. E.P. Thompson menciona “datos empíricos portadores de valor”.

En este terreno se han movido escuelas como la de la *Kulturgeschichte* o *Geistesgeschichte* alemana, la *intellectual history* norteamericana o *l’histoire des mentalités* francesa. En cierta manera, el problema central con este tipo de material reside en saber hasta dónde pueden emplearse en su tratamiento métodos empíricos. Hoy, un muestreo de la opinión pública nos revela hasta qué punto pueden establecerse los matices de consenso sobre un determinado asunto, valiéndose de métodos empíricos. Pero sin duda una encuesta sería incapaz de penetrar ciertas capas de la conciencia o de aclarar ciertas actitudes arraigadas demasiado profundamente en lo que podría llamarse subconsciente colectivo. Pero cuando un historiador trata de analizar este tipo de fenómenos se encuentra con que el material es raro o su hallazgo más o menos imprevisto. Un ejemplo de esto puede verse en una obra clásica (e injustamente olvi-

14 C. P. Snowm, *The two Cultures and the Scientific Revolution*, t. II (Cambridge: Cambridge University Press, 1959), 6.

dada) de Bernhard Groethuysen¹⁵. Este autor emprende el análisis de la transformación de las creencias religiosas en Francia en el curso del siglo XVIII. Su objetivo no consiste en analizar las formas de disenso de los autores *ilustrados*, fácilmente identificables, sino en ir develando gradualmente la secularización del pensamiento en un grupo mucho más amplio, el de la burguesía naciente. Las cuestiones no se plantean como una encuesta directa a este grupo, sino de una manera indirecta, estudiando la forma como las transformaciones de las creencias sobre puntos centrales de la doctrina católica son enfrentadas en los sermones de la Iglesia. La doctrina, tal como se refleja en los sermones, va sufriendo cambios sutiles para adaptarse a un nuevo tipo de sociedad.

Los perfiles borrosos de material potencialmente utilizable para este tipo de estudios dependen, sin duda, de la imprecisión misma de las preguntas. A comienzos del siglo estas preguntas estuvieron ligadas a desarrollos filosóficos, particularmente en Alemania. Allí la distinción entre *ciencias de la cultura* y *ciencias de la naturaleza* orientó una reflexión sobre la particularidad de los hechos históricos, sobre las condiciones de su conocimiento y sobre su sustento en un mundo de valores. Los resultados en la investigación histórica se concretaron en la exploración de grandes concepciones del mundo. La crítica más frecuente a esta escuela ha sido la de que sus reconstrucciones estaban basadas primordialmente en los textos más elaborados del pensamiento de una época. Y difícilmente podía hacerse pasar la reflexión más profunda como lo característico de esa época. Sería erróneo, sin embargo, atribuir esta preferencia por los momentos culminantes del intelecto humano a un simple elitismo. La concepción misma de la cultura del pensamiento alemán estaba asociada, desde el siglo XVIII, a una exaltación de lo popular, del *Volkgeist* que se manifestaba en obras anónimas, fueron estas leyendas populares o poemas épicos. De allí a ver en la obra individual una encarnación del espíritu entero de una época, en su forma más pura y más representativa, era solo cuestión de mantener un presupuesto metafísico, esto es, la existencia autónoma del desarrollo del espíritu.

Pese a que en la obra de Groethuysen burgués y burguesía son conceptos que carecen de corporeidad y la visión del mundo y de la vida de este burgués se capta apenas como un reflejo de controversias teológicas, estas controversias poseen al menos una cotidianidad que contrasta con la abstracción todavía mayor del pensamiento de los filósofos. El burgués de Groethuysen posee una perfecta coherencia de su disenso. Se trata de una imagen ideal, el producto de un reflejo, puesto que su mente se ha reconstruido pieza por pieza a partir de aquello que los predicadores le recriminaban. Su interés por la *vida* obedecía más bien a una intuición filosófica, alejada de todo elemento empírico concreto o de la fascinación que puede ejercer so-

15 Bernhard Groethuysen, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII* (México: Fondo de Cultura Económica, 1943). La edición alemana data de 1927.

bre los historiadores la vida cotidiana de los grupos humanos. Pero aun así la obra de Groethuysen era excepcional dentro de los cultivadores de las *ciencias del espíritu*, pues apuntaba a caracterizar las actitudes de una clase social entera y no el mero encadenamiento de ideas.

En Latinoamérica la influencia de la *Kulturgeschichte* (que se desarrolló en Alemania entre 1890 y 1930), fue decisiva en una generación posterior de historiadores —entre 1940 y 1960—. Dentro de esta corriente se elaboraron historias de las ideas de los partidos políticos o historias generales del pensamiento, así como estudios de la influencia de movimientos filosóficos tales como el positivismo. Esta parece la primera aproximación a un mundo de ideas que se confunde inmediatamente con sus propios “datos empíricos portadores de valor”. El texto tiene que examinarse en sí mismo, sin conexiones demasiado aparentes con el grupo social del cual emerge. Cuando trata de hacerse esta conexión surge una multitud de equívocos, como el de hacer corresponder un postulado ideal a “intereses de clase”. Infortunadamente el esfuerzo de identificar grupos concretos y examinar en sus comportamientos el trasfondo de su ideología o de sus creencias ha sido más bien raro. En sociedades eminentemente agrarias, hasta hace muy poco, el tratamiento del estrato campesino apenas ha recibido la influencia de algunas ideas preconcebidas acerca de su inmovilidad o de su atraso, generalmente prestadas de los antropólogos. El cambio acelerado hacia la urbanización, al que debió acompañar una profunda dislocación ideológica, sigue siendo un tema sociológico. Aspectos de la difusión religiosa y de la difusión política siguen siendo materia de una antipatía “ilustrada” o de prejuicios “liberales”. Cuando se trata de penetrar “datos empíricos portadores de valor”, la mirada que dirigimos a nuestras propias sociedades no es radicalmente diferente de la visión condescendiente y arrogante de algún casual viajero europeo del siglo XIX.

5. Hasta aquí hemos seguido a E.P. Thompson en una morfología de la manera como podemos interrogar “datos históricos en su forma primaria”, es decir, las fuentes históricas. Hemos alterado el orden en que enumera estos datos para introducir una escala de creciente complejidad y hemos agregado un comentario sobre la elaboración de estos datos en construcciones históricas.

Una última sugerencia de Thompson sobre la existencia de “datos portadores de estructura” resulta mucho más difícil de seguir. Si entendemos bien su sugerencia estos hechos portadores de estructura serían aquellos en los que confluyen series diversas de datos y sólo a la luz de estas series pueden comprenderse. Aunque Thompson toma sus ejemplos de la actividad económica***, parecería preferible usar más bien un

*** Los renglones que aparecen tachados, pero que se pueden leer, lo fueron por el propio autor, quien en su reemplazo agregó, en la parte blanca de la página, un párrafo extenso e ininteligible.

tipo de reflexión como la de Norbert Elias sobre los manuales de urbanidad o sobre las fórmulas de etiqueta cortesana. A partir de los primeros, los manuales de urbanidad, Elias reconstruye un proceso de restricción de control de la afectividad, lo que constituye, en últimas, la base del proceso civilizador. Las segundas, las fórmulas de etiqueta cortesana, son un ceremonial revelador de un orden jerárquico indispensable para la acción del absolutismo real.

Posiblemente la virtud de los que Thompson llama “datos portadores de estructura” consiste, más que en ningún otro tipo de datos, en que confrontan al historiador con requerimientos teóricos a la luz de los cuales estos datos revelen su íntima riqueza.